

KARL KRAUS

«LA ANTORCHA»

SELECCIÓN DE ARTÍCULOS
DE «DIE FACKEL»

AL CUIDADO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Die Fackel*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la selección y la traducción, 2011 by Adan Kovacsics
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta traducción cuenta con una ayuda
del Ministerio Austríaco de Educación, Arte y Cultura

ISBN: 978-84-92649-87-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 3366-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

«LA ANTORCHA»

En una época en que Austria amenaza con sucumbir por aburrimiento agudo antes aun de la solución deseada por el bando radical, en un momento que ha traído turbulencias políticas y sociales de todo tipo a este país, ante una opinión pública que entre la intransigencia y la apatía encuentra un acomodo lleno de tópicos o sin idea alguna, el editor de esta revista, que hasta ahora ha permanecido apartado, realizando sus comentarios desde un lugar poco visible, decide lanzar un grito de combate. Quien se atreve a darlo no es, para variar, un eunuco partidista, sino un publicista que en cuestiones políticas considera mejores hombres a los «salvajes» y que no se ha dejado tentar por ninguna de las opiniones representadas en la Dieta Imperial para abandonar su puesto de observación. Lleva alegremente el estigma de la «deslealtad» política dibujado sobre la frente, que muestra a los fanáticos e idealistas de los grupos parlamentarios, tan «intransigente» como cualquiera de los suyos.

El programa político de este periódico parece, por tanto, escaso; no ha elegido como lema un sonoro «lo que levantamos», sino un sincero «lo que tumbamos». La empresa que aquí abordamos no es más que la de desecar el ancho pantano de los tópicos que otros querrían delimitar sin cesar nacionalmente. Las circunstancias predicán la necesidad de reconocer con lenguas de fuego las necesidades sociales—aunque hablen en una docena de idiomas diferentes—, pero los gobernantes y los partidos desean ver resuelta primero—con cálculo dilatorio los unos, con apasionado deslumbramiento los otros—la cuestión de las gorras de los estudiantes praguenses.¹

¹ Referencia a los conflictos nacionales y lingüísticos de finales del si-

Este fenómeno del dolorosísimo contraste que se extiende por toda nuestra vida pública determinará el punto de vista con que se juzgarán los acontecimientos políticos, y en ocasiones se conseguirá reducir a tiempo el crédito de que goza la plomiza seriedad de los tópicos, dondequiera que practique su labor destructiva, y se hará mediante la jocosidad que tanto la incomoda.

La mirada no enturbiada por gafas partidistas verá con doble nitidez la señal, que fulgirá a veces amenazante en nuestras tinieblas intensificadas por las velas de los altares. Los lingüistas, sin embargo, no saben interpretarla y, agotados todavía por viejas disputas, se alzan para empezar una nueva riña. Cegados por el inquietante espectáculo, los unos señalan el fenómeno con un temeroso temblequeo, mientras que los otros, temiendo una traición étnica, sólo quieren admitir el alemán como idioma de las sesiones del Juicio Final...

Frente a los ofensivos manejos que querrían reducir a la más ruda pelea tabernaria la competencia entre una cultura no poco orgullosa de su madurez y una que se abre paso hacia arriba con fuerza, una palabra sincera quizá sea bienvenida. Y quizá pueda yo acariciar también la esperanza de que no se extinga sin efecto el grito de combate destinado a reunir a descontentos y oprimidos de todos los campos. Que anime a los espíritus opositores que están por fin hartos del tono árido, que estimule a todos aquellos que se sientan con talento y ganas para formar una fronda decidida con-

glo XIX y, más concretamente, a la prohibición de las gorras distintivas de las asociaciones estudiantiles tras las revueltas de noviembre de 1897 en Praga. En éstas, los estudiantes praguenses de origen alemán celebraron provocativamente la caída del gobierno de Badeni, tendente a satisfacer ciertas demandas y reivindicaciones de los checos. La prohibición causó luego una huelga en las universidades austríacas.

[Las notas al pie referenciadas con asterisco son de Karl Kraus, mientras que las referenciadas con números son del traductor. La presente edición respeta la tipografía empleada por Kraus en su revista].

tra la corrupción de las camarillas y los exclusivismos en *todos* los ámbitos y que tenga eco en este imperio inacústico, nacionalmente obstruido, y no sólo entre los fiscales sensibles a cualquier fenómeno nuevo y fundamentalmente sutiles de oído.

Habrá que seguir, cada vez que se presente la oportunidad, los sinuosos caminos de la compleja vía de las instancias que el llamado «espíritu de la época» todavía ha de recorrer. El observador imparcial hará lo posible para repartir de forma justa la culpa entre el gobierno y los partidos: ministros que tan sólo no infringen una ley, la de la inercia, que es la que permite a este Estado seguir en pie; representantes del pueblo a los que inquieta cualquier idioma menos la «lengua oficial interior» de la conciencia y que no cesan de discutir sobre las inscripciones en las escupideras de la Hacienda pública, mientras el pueblo confía sus necesidades económicas como secreto de confesión a unos sacerdotes demasiado callados... Que *La Antorcha* ilumine, pues, un país en el que—contrariamente a cuanto ocurría en aquel Imperio de Carlos V—el sol nunca sale.

LA PRENSA COMO ALCAHUETA

Así como la mujer pública está moralmente muy por encima del colaborador de la sección de economía, la tercera se halla muy por encima del editor. Contrariamente a éste, ella nunca ha utilizado el pretexto de defender ciertos ideales; sin embargo, el transmisor de opinión, que vive de la prostitución espiritual de sus empleados, a menudo se entromete en el oficio de la alcahueta en el campo más propio de ella. No por indignación puritana he apuntado más de una vez a los anuncios sexuales de la prensa diaria vienesa. Resultan inmorales solamente en relación con la supuesta misión ética de la prensa, así como los anuncios de una liga moral serían sumamente escandalosos si aparecieran en periódicos que luchan por la libertad sexual. Igualmente, el arrebató moralista de una alcahueta no es en sí indecente, sino sólo en relación con su misión. Lo decente en este sentido es proteger a las alcahuetas frente a la competencia basura que han encontrado en los editores de periódicos, los cuales se dedican al oficio con mucho menos riesgo. El Estado, que expulsa a las parejas de amantes del piso en que se reúnen, no protege como bien jurídico la moralidad pública, sino la ética de las alcahuetas. Sin embargo, el hecho de que un edificio cuya parte delantera está dedicada a la educación del pueblo se utilice atrás para obtener un lucro económico de la intermediación para concertar citas le parece más natural y decente que la definición exclusiva de un local como casa pública. Miseras viudas que viven de alquilar y abren las puertas a la posibilidad de recibir visitas sin obstáculos son llevadas ante los tribunales. Los propietarios de periódicos que ponen sus administraciones al servicio de las más animadas relaciones sexuales en todas sus variantes quedan impunes. La

Neue Freie Presse sirve a un «Júpiter» que «busca a una Leda con fortuna» y pide respuestas con el seudónimo de «Sacher-Masoch»; a un «Severin» que, con el mismo nombre, busca a su «Wanda»; a un «correligionario» que grita deseoso de una «*dame sévère et impérieuse*» cual si fuese un gamo sediento; y a un joven que trata de colocarse como «acompañante de caballeros distinguidos» y que solicita recibir una respuesta, en el epígrafe «*Hors de nature*», a la oficina de anuncios del diario. El *Neues Wiener Tagblatt* es mucho más decente. No compite con las alcahuetas, sino que pone a disposición de éstas su publicidad, y recomienda de forma altruista a una «Señora S. 60 423» que promete «a los círculos elegantes» la mediación «más discreta, seria y habilidosa». En su «antro de corrupción»—el término utilizado por los redactores moralmente indignados de la sección de tribunales—las cosas funcionan de forma más natural que en la Fichtegasse,¹ donde una «rigurosa» masajista ejerce el poder, *une dame sévère et impérieuse*. El fiscal del Estado, sin embargo, es un masoquista que le tolera todo.

En serio, tengo la publicación de anuncios sexuales por la más meritoria de todas las tendencias propias de la prensa liberal; y sólo porque no comparte esta opinión mía y rechaza la inmoralidad de la que luego cobra intereses he destapado en ocasiones el auténtico carácter de la sección de anuncios. Lo que me interesaba no era eliminar a las masajistas, sino separar de forma clara el mercado del amor y las redacciones corruptas. Todo verdadero conocedor de mi concepción de la vida sabrá que considero más estimulante para la cultura a una joven y simpática masajista que a un viejo y antipático

¹ La sede de la *Neue Freie Presse*, el periódico más influyente de la monarquía austro-húngara, se encontraba en el número 11 de la Fichtegasse, en el primer distrito de Viena.

periodista sin escrúpulos y que me parecen más excitantes los cuidados corporales que se ofrecen en la última página de la *Neue Freie Presse* que el cultivo del espíritu ofrecido en las anteriores. El putanismo se prostituye hoy en día al relacionarse con el periodismo más miserable, y así como resulta embarazoso ver agolparse en la primera plana de la baja económica e intelectual a los representantes más conspicuos de la ciencia como colaboradores de la *Neue Freie Presse*, es también vergonzoso encontrar a un séquito de honestos clientes sexuales en la trasera de una falsa moral que pone a cualquiera en un brete.

LA CAZA DE LA MUJER

En un diario de provincias inglés se publicó el siguiente anuncio:

Se busca

governanta realmente fea, pero diligente y con experiencia, para cuidar y educar a tres muchachas, la mayor de las cuales tiene dieciséis años. La persona en cuestión ha de poseer conocimientos musicales y comprender los idiomas alemán y francés. Ni las dotes de conversación brillante, ni los modales amables, ni la belleza física son deseados, ya que el padre pasa mucho tiempo en casa y, por otra parte, hay hijos adultos.

El anuncio provocó el envío inmediato de cartas a los diarios ingleses; en ellas se formulaban quejas en el sentido de que una cara bonita y unos modales amables constituían auténticos regalos funestos para una gobernanta. «La persona más irracional y desagradecida para la cual se puede trabajar como gobernanta—señala una de esas cartas—es la mujer casada de edad avanzada cuya belleza se ha marchitado y que

«En la comisaría de Mariahilf se cursó una denuncia anónima contra una actriz joven, guapa, sin contrato por aquellas fechas, que la acusaba de ejercer la prostitución clandestina. La comisaría inició una investigación, ordenó la vigilancia de la actriz y citó a una serie de personas que la habían frecuentado. A pesar de que todos esos testigos la eximían de toda culpa, la comisaría condenó a la actriz a cuarenta y ocho horas de arresto por ramería. Los caseros de la actriz declararon que no se había producido absolutamente nada lascivo. Había ocurrido a menudo que varios señores la visitaban al mismo tiempo, mas ello sucedía siempre en presencia de los dueños de la casa. Contra los caseros, a los que el comisario amenazó de entrada con “deportación” y “cárcel”, se presentó, en efecto, enseguida una denuncia por proxenetismo. La actriz fue interrogada como testigo en la vista. Admitió tener un amplio círculo de amigos y también numerosos admiradores. La testigo lo atribuyó al hecho ser actriz,

de está celosa de su marido». «Perdí no hace mucho un buen empleo en Bayswater—escribe otra—porque la señora X creía que le había tirado los tejos a su hermano, un oficial calvo. No era cierto; el hombre se estaba a menudo en el cuarto de los hijos porque le gustaban los niños. ¿He de pasar hambre porque soy guapa? Varias oficinas de empleo me han dicho ya que soy demasiado joven y parezco una “adolescente”».

bella y de trato amable. Sin embargo, dijo, no se la podía responsabilizar de que sus amigos buscaran su compañía. Cuando iban a verla, sólo lo hacían para charlar o jugar a las cartas. Los visitantes, declaró, nunca estuvieron solos con ella.

Dat veniam corvis, vexat censura columbas: esto da de lleno en la hipocresía sexual de los sistemas sociales, en la moral masculina que reinará en las generaciones hasta el final del mundo. Los censores se lo perdonan todo a los cuervos y atormentan a las palomas. La mujer sólo puede hacer lo que quiera el hombre, siempre y cuando ella misma no lo quiera. ¡Y ay si el recipiente más débil de la moral no aguanta el contacto más rudo! Si es delicada, gustan de agarrarla y, una vez saciados, tirarla con desprecio a un rincón... Encontré en un mismo día las dos noticias periodísticas que aquí yuxtapongo. ¿No es el toque de trompeta para salir a la caza de la mujer bella? La persiguen la moral masculina y los celos de la fealdad. Apartada del camino laboral o profesional burgués, cae víctima del tribunal secreto cuando se adentra por otro. Para el efecto perturbador de este paralelismo carece de interés la pregunta de si la actriz realmente ejercía o no la ramería—como dice la jerga de la estupidez legislativa—, de si, aparte del ataque contra el sexo y el derecho a la autodeterminación, se ha cometido contra ella, personalmente, una injusticia. Carece de interés si realmente existía aquí un «motivo» para poner en marcha la perfidia de una ley naci-

da de un espíritu cerril o sí, en cambio, a un cerebro policial le dio la gana de brillar con todo su poder y de trasladar las bromas de un proceso indiciario al ámbito administrativo. La prueba de la existencia de un caso de «prostitución clandestina» no cambiaría en absoluto la atrocidad del asunto. Se pregunta uno en qué siglo vive, de hecho, cuando le llega la noticia de que una mujer hubo de calmar a las autoridades asegurándoles que sus visitantes no estaban solos con ella en la habitación, de que solamente charlaban y no hacían nada que pudiera irritar al señor comisario. O sea, no sólo cuando asesinos y carteristas quedan sin ser descubiertos sabe uno para qué hay policías en el mundo. El *hecho mismo* de que existan en el mundo sólo puede explicarse porque de vez en cuando ocurre algo que «puede ofender gravemente al sentimiento de pudor». ¿O es que los jueces del sexo deben al final su existencia al apareamiento entre un artículo de la ley y una ley complementaria? Que una muchacha reciba visitas sin una intención económica resulta inconcebible para «esta nuestra administración». Uno imagina, sin embargo, que en el otro caso tampoco lesiona ningún bien protegido por la ley y que el peligro que corre su ética sólo interesa a su amigo, a su padre, a su Dios, pero en ningún momento a su comisario de la policía. En vano se escuda tras necesidades higiénicas la profunda incorrección de una policía correccional que concede licencias para la prostitución, que no tolera la prostitución no autorizada, que próximamente quizá introduzca incluso un certificado de aptitud en este campo y que en cualquier caso es culpable de inmiscuirse de forma gravísima en la vida privada de las mujeres y en su derecho a disponer de sí mismas. Cualquier intento de reglamentación fracasa por su honda inutilidad, y la desproporción entre el celo de las autoridades y la magnitud orgánica de un fenómeno basado en la naturaleza de la mujer y en la estructura de la sociedad es solamente un contraste minúsculo. Que realmente se desee la higiene, y no la moral, se podrá demostrar cuando los

hombres creen leyes contra los hombres, cuando existan artículos de la ley que amenacen con penas de cárcel a quienes transmitan de forma consciente una enfermedad venérea. A la burguesía, que pone el grito en el cielo cuando la policía correccional maltrata por error a una «mujer decente», se le hace justicia mediante su propia justicia. No el «abuso», sino el *uso* indigna a la humanidad, y cualquier «incidente embarazoso» que escandaliza a la buena sociedad pero permite vislumbrar la normal bestialidad en el trato con las mujeres prostituidas es una buena noticia. Un sistema social cuyos mejores pilares son los mejores rateros ha puesto las cargas morales única y exclusivamente sobre los hombros de la mujer y atormenta a las palomas y no a los cuervos. Lo «decente» es aquello que ofende gravemente al sentimiento de pudor del hombre civilizado.